

nila envía, basta lo traigan los padres que han dejado lo que nosotros andamos a buscar. Tienen acá muy buena artillería y arcabuces muchos, y muchos navíos y hácenlos con gran facilidad; dicen no saben los soldados de allá tirar, porque dicen gastan la pólvora en balde. El día que nos convidó a comer el rey de Meaco, que es sobrino del emperador, hallamos a sus puertas asestadas cuarenta y siete piezas de artillería, todas fundidas este año de 93. Conviene se tome casa en Nangasaque, o cerca de él; porque allí desembarcan los portugueses que traen la nao de Macán, para proveer a las demás casas de lo necesario y para recibir a los hermanos que de allá vinieren, y lo que de allá trajeren. La casa que se tomare será muy bien bastecida, porque ahí habitan a la redonda muchos portugueses y la proveerán como si fuese en España, por haber allí abundancia de todas las cosas necesarias. Conviene que un religioso de los que allí estuvieren sepa la lengua portuguesa; porque muchos portugueses se querrán confesar con él; y si este año pudiesen venir seis religiosos, cuatro para Nangasaque y dos para aquí, para este convento del Meaco, sería gran cosa. Pregúntase, si las cosas que este emperador da se pueden tener con buena conciencia, por haber entrado en el reino tiránicamente. Dícese que este emperador era capitán general del pasado y que sabiendo fuese muerto, dijo, que él quería tener a su cargo un nieto, que el pasado dejó, hasta que fuese de edad de regir y alzósele con el reino; y esto se pregunta, por lo que ha dado a cristianos y a infieles, que esperamos se convertirán y dará andando el tiempo. Ha sujetado este emperador a sí todos los reinos del Japón, los cuales no tenía así sujetos el pasado, y ha ganado parte de la gran Coria, que es un reino muy poderoso y de mucha gente, y hay en él mucha comida, vacas, carneros, puercos, venados y otros muchos animales; es la gente blanca, bien dispuesta y el temple de la tierra muy buena: *Messis, quidem multa: operarii autem pauci. Rogemus omnes Dominum messis; ut mittat operarios in messem suam.*

CAPÍTULO XXXI. *De cómo determinó el gobernador de Manila de hacer jornada a las islas del Maluco, y lo que acerca de esto fue ordenado*



ANTES QUE SALIESE EL EMBAJADOR DEL JAPÓN, publicó el gobernador la jornada del Maluco y trató de comenzar a despachar los soldados, lo cual no pareció bien a la ciudad; porque siempre se sospechó mal de este embajador y que venía más por atalaya y a entender la gente que había, y disposición de todo en las islas que por embajador. Y determinado a esto por ser terrenal y la fuerza que allí hay tiranizada, por los naturales de aquellas islas, primero de el rey nuestro señor; sin darlo a entender, mandó hacer galeras en algunas partes de las islas; y habiendo hecho sus trazas secretas, comunicándolo con sola una o dos personas (se-

gún dicen) al tiempo que ya estaban hechas las galeras, mandó que se empadronasen los esclavos que tenían los indios principales de las provincias, y que de todos éstos se tomasen el diezmo de grado o por fuerza a sus dueños, pagándoselos a diez o doce pesos cada uno. Éstos eran para tripular las galeras y que las remasen. Sintióse por agravio notable y aun hubo quejas generales; no fueron parte para otra cosa; y así al tiempo del entrego los aprisionaban y sacaban con toda fuerza, sin mover los llantos y exclamaciones que hacían los esclavos y sus amos, sus parientes, mujeres e hijos. Con esta fuerza fueron traídos y metidos en las galeras, donde con el sentimiento que tenían y su tratamiento ser trabajosos, se morían tan apriesa que muchas veces no había lugar para bautizar a los infieles, ni confesar a los cristianos; fue negocio tan lastimoso que se predicaba por los púlpitos, con grande rigor y aun diciendo que era tiranía. A esto se siguió, que mandó el gobernador a todos los encomenderos hiciesen fragatas y otras maneras de navíos pequeños, repartiendo a cada uno según la renta que tenían lo que habían de hacer y a su costa había de llevar indios que los remasen; los cuales indios habían de llevar las armas de que ellos usaban; y sin éstos, se apercibieron otra mucha cantidad de indios para el dicho efecto y apercibidos también de sus armas. Las religiones y todo el común contradecían esta jornada, diciendo que ni el gobernador tenía poder de su majestad para hacerlo ni las islas Filipinas estaban en disposición de poderse sacar de ellas la gente, pólvora y municiones y artillería, que era necesaria, para semejante jornada. A todos respondía que él tenía bastante recaudo de su majestad y de todo lo demás para hacerla; y así proseguía en ella. Sin embargo de todo, juntó un día a los regidores de Manila y propúsoles su determinación, facilitándolo todo; y porque dos de los primeros le replicaron con algunas dificultades, los atropelló diciendo que aunque les pesase se había de hacer la jornada, y así fueron concediendo los demás, temiendo su furia.

Una noche llamó a tres capitanes de los suyos que él trajo y de los más allegados; y teniendo un papel escrito que los que allí firmaban decían, que era bien se hiciese la jornada del Maluco y que había recaudo bastante para todo, les mandó que lo firmasen. Pero los dos de ellos, sabiendo lo contrario, se excusaron; sobre lo cual allí les trató muy mal de palabra y aun dicen que arremetió a una espada que estaba allí, haciéndoles mil juramentos y con todo eso, aunque el uno firmó, estos dos que no quisieron mandó luego llevarlos presos y que se les embargasen todos sus bienes. Y el día siguiente les quitó las compañías y oficios que tenían y las proveyó en otros, sin dar causa ni saberse por qué; aquella noche, antes que saliesen de casa de el gobernador, les hizo notificar un auto, con pena de traidores y de la vida, si a persona alguna dijiesen lo que había pasado. Éste es el modo que tuvo de consultar esta jornada, porque todo el mundo se la contradecía. Seis meses antes que se hubiese de hacer la jornada envió el gobernador a su hijo don Luis, que era su teniente de capitán general y de gobernador a que se estuviese en Cibu, con los soldados que sacó de Manila, que serían hasta doscientos, mandando que de todas partes se fuese re-

cogiendo toda la gente allí en Cibu y en Otón. También partió el capitán Becerra en el navío San Pablo, llevando más soldados; y en otros navíos que salieron se fue recogiendo la gente, porque para todo octubre adelante habían de estar en aquellas dos provincias aguardando al gobernador. Las molestias, agravios y opresiones que recibían los naturales de aquellas islas, en aquel tiempo, fueron muy grandes, porque había muchos oficiales nombrados, rescatando bastimentos de arroz, puercos y gallinas y tinajas, porque todo se tomaba donde se hallaba, pagándolo tarde, mal y nunca; demás de que los soldados hacían lo que suelen por do pasaban o estaban.

Un mes antes que saliese el gobernador de Manila, pidió que de los chinos se juntasen trescientos de ellos, para ir por soldados a esta jornada; señaláronse éstos por sus cabezas, aunque muy contra su voluntad; nombróles el gobernador general, capitanes y oficiales de ellos mismos; tratóse de la paga que se les había de dar; y dicen malas lenguas que de parte del gobernador, aunque disimuladamente, se tratase con los sangleyes, que porque la caja real estaba pobre, ellos se ofreciesen a que pagarían estos soldados; ofreciéronse y aceptóse el envite. Los chinos principales repartieron, que pagase cada uno cinco pesos; recogieron casi veinte mil pesos, según se dice, aunque averiguando después cuentas no se hallaba haber sido de catorce mil arriba. Todos estos soldados hacían sus reseñas y peleaban a su modo, algunos días en la plazuela adelante de la casa del gobernador, que a solo él le parecía bien y a todos mal.

También mandó el gobernador apereibir algunos indios principales de aquellas provincias, mandándoles que llevasen todas sus joyas de oro, para que allá se adornasen, los cuales gastaron su pedazo en vestirse, como españoles, y con galas y en sus matalotajes, que para todo no faltaba quien les insistiese. Todos se iban ya juntando en las provincias dichas, como les era mandado, habiendo gastado también los españoles mucha cantidad de dineros en aderezarse y prevenirse muy a punto y en llevar navíos cargados de bastimentos a su costa; porque acabada de juntar el armada de galeras, caracohas, galeotas y otros navíos pequeños y el navío San Pablo, con otro navío de alto bordo, aunque pequeño y un junco (que es navío de portugueses, a uso de la China), serían por todas cien velas y de setecientos a ochocientos soldados españoles, más de tres mil indios y hasta trescientos chinos, entre soldados y remeros.

